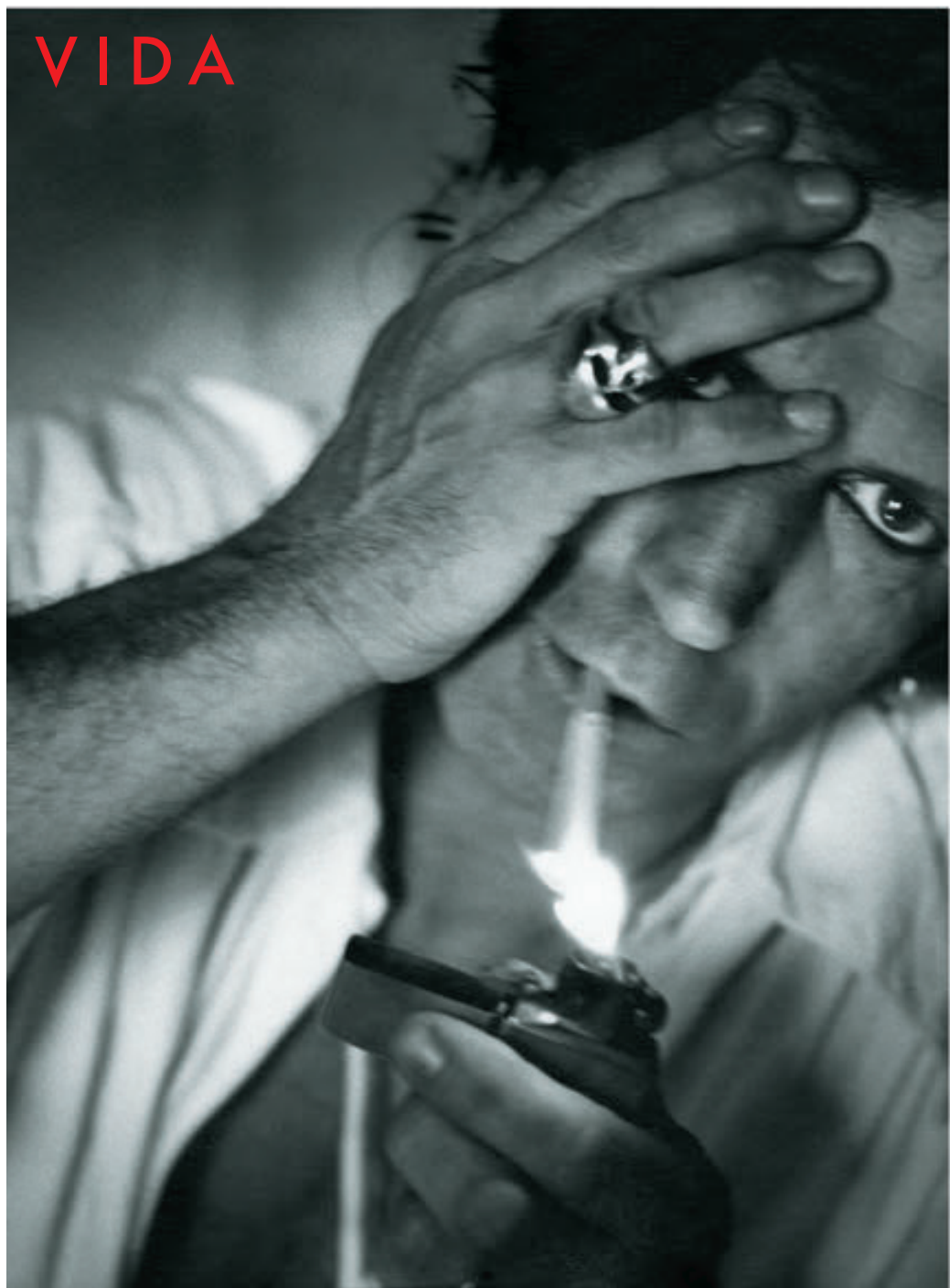


VIDA



KEITH RICHARDS

LIBROS CÚPULA

VIDA

**Keith Richards**  
& James Fox

Nueva edición en español revisada y corregida  
al cuidado de Nicolás Miguez

**LIBROS CÚPULA**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Life* Publicado originalmente en inglés en el Reino Unido en 2010 por Weidenfeld & Nicolson

© 2010 by Mindless Records, LLC Keith Richards afirma su derecho a ser identificado como el autor de esta obra de acuerdo con la ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.

© por la traducción Helena Álvarez de la Miyar

Fotografía de cubierta: David LaChapelle

Diseño de interior: Vanesa Rubinstein

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: junio de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2443-7

Depósito legal: B. 12.464-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# sumario

Capítulo 1 .....	9
Capítulo 2 .....	27
Capítulo 3 .....	73
Capítulo 4 .....	101
Capítulo 5 .....	145
Capítulo 6 .....	187
Capítulo 7 .....	223
Capítulo 8 .....	273
Capítulo 9 .....	303
Capítulo 10 .....	353
Capítulo 11 .....	393
Capítulo 12 .....	419
Capítulo 13 .....	475
Índice Onomástico .....	511

# capítulo 1

**En el que me detienen unos policías de Arkansas durante la gira norteamericana de 1975 y se llega a un punto muerto.**

¿Por qué paramos en el restaurante 4-Dice<sup>1</sup> de Fordyce, Arkansas, a comer algo durante la fiesta del Día de la Independencia? ¿Justo ese día? Y eso a pesar de todo lo que sabía después de diez años conduciendo por esa parte del país conocida como Bible Belt, el «Cinturón Bíblico». La diminuta Fordyce. Los Rolling Stones estaban en la lista negra de la Policía de Estados Unidos de costa a costa. No había un solo uniformado que no intentara ponernos las esposas por todos los medios, que no quisiera que lo ascendieran y así cumplir con su deber patriótico de salvaguardar a la nación de estos mariquitas ingleses. Era 1975, tiempos de violencia y confrontación. Para los Stones, la veda se había abierto a raíz de nuestra última gira, la de 1972, también conocida como la Stones Touring Party (STP).<sup>2</sup> El Departamento de Estado había constatado disturbios (era cierto), desobediencia civil (también era cierto), sexo ilícito (qué será eso) y violencia por todo el país; y *todo* por culpa nuestra, unos simples juglares. Por lo visto habíamos estado incitando a los jóvenes a la rebelión, corrompíamos el país y se había decretado que no se nos permitiera volver a Estados Unidos jamás. En la época de Nixon el tema terminó convirtiéndose en una verdadera cuestión política. El por entonces presidente se ocupaba en persona de perseguir a Lennon recurriendo a todos los trucos imaginables. Pensaba que John podría arruinarle la reelección. En cuanto a nosotros, según le dijeron a nuestro abogado oficialmente, éramos el grupo de rock and roll más peligroso del mundo.

Nuestro fantástico abogado, Bill Carter, ya se las había arreglado, sin ayuda de nadie, para evitarnos un par de encontronazos serios con la ley. Esa vez

<sup>1</sup> «Cuatro Dados», juego de palabras con el nombre del pueblo estadounidense.

<sup>2</sup> «La Gira Fiestera de los Stones».

habían sido orquestados por las policías de Memphis y San Antonio. Ahora le tocaba a Fordyce —un pueblo de poco más de cuatro mil habitantes cuyo colegio tenía en su escudo un bicho rojo muy raro—, que se encontraba con una enorme oportunidad de colgarse la medalla. Carter ya nos había avisado de que mejor evitáramos viajar por Arkansas en coche. Si lo hacíamos, entonces que ni se nos ocurriera, bajo ningún concepto, salirnos de la interestatal; también mencionó que no hacía mucho el estado de Arkansas había intentado aprobar una ley que prohibiera el rock and roll (me hubiese encantado ver cómo estaba redactada: «De producirse un estruendo persistente al compás de cuatro tiempos...»). Y ahí estábamos, avanzando por accesos laterales en un flamante Chevrolet Impala amarillo. Seguramente no había en todo Estados Unidos un sitio menos propicio que esa parte del país para aparcar un vehículo cargado de drogas de arriba abajo. Fordyce era una comunidad de *rednecks*<sup>3</sup> no demasiado dispuesta a dar la bienvenida a los extraños que se visten raro.

En el coche iban conmigo Ronnie Wood, Freddie Sessler, un personaje increíble, un amigo y prácticamente un padre para mí, cuyo nombre aparecerá muchas veces a lo largo de esta historia, y Jim Callaghan, nuestro jefe de seguridad durante muchos años. Estábamos haciendo los más de seiscientos kilómetros que separan Memphis de Dallas, donde al día siguiente teníamos nuestro próximo *show* en un club de rugby llamado Cotton Bowl. Jim Dickinson, el muchacho sureño que tocó el piano en «Wild Horses», nos había dicho que valía la pena ir en coche, más que nada para ver el paisaje de Texarkana. Estábamos hartos del avión. Habíamos tenido un vuelo atroz de Washington a Memphis, en el que habíamos bajado bruscamente unos cuantos miles de metros con mucho llanto y mucho grito, con la fotógrafa Annie Leibovitz golpeándose la cabeza contra el techo por el bajón repentino y los pasajeros besando el suelo cuando por fin aterrizamos. A mí se me vio yendo hasta la parte de atrás del avión para consumir sustancias varias con más dedicación de la ya habitual, no fuera que con semejante movimiento se perdiera algo. Un mal viaje a bordo del *Starship*, el primitivo avión del cantante pop Bobby Sherman.

Así que esta vez resolvimos ir por tierra, y Ronnie y yo hicimos algo particularmente estúpido. Paramos en el 4-Dice, nos sentamos, pedimos la comida y

<sup>3</sup> Prototipo del habitante blanco rural y de baja renta del interior de Estados Unidos. Se les llama así, «cuello rojo», porque en general se dedican a trabajos como los agrícolas, que se hacen al aire libre, por lo que el sol les enrojece la piel. Se utiliza de manera peyorativa.

a continuación nos levantamos para encerrarnos en el cuarto de baño. Ya saben. Un *start me up*. Y nos hizo efecto. No vimos a nadie. Nos olvidamos de nuestro almuerzo. Estuvimos un rato, más o menos cuarenta minutos, riéndonos un poco en el baño. Y eso no es algo que convenga hacer en una zona como esa. No en esa época. Evidentemente, nuestra actitud sentó mal. Los empleados llamaron a la policía. Al salir vimos un coche negro —sin identificación— estacionado en la puerta del restaurante.

Arrancamos el Impala y no debíamos haber hecho ni veinte metros cuando empezaron las sirenas y las luces. Para cuando quisimos darnos cuenta nos apuntaban con el cañón de una pistola.

Yo tenía puesta una gorra vaquera con bolsillos llenos de drogas. Todo estaba lleno de drogas, incluidas las puertas del auto. Alcanzaba con desenchajar suavemente los paneles laterales para encontrar infinitas bolsitas de plástico con cocaína, marihuana, peyote y mescalina. Dios mío. ¿Y ahora? ¿Cómo salimos de esta? Era el momento menos oportuno del mundo para ser capturados por la ley. El hecho de que nos hubieran dejado entrar en el país para hacer la gira ya era un milagro en sí mismo. Nuestros visados dependían de una lista interminable de condiciones, como bien sabía la policía de todas las ciudades grandes; los había conseguido Bill Carter después de mucho ir y venir por las oficinas del Departamento de Estado y del Servicio de Inmigración durante los dos años anteriores. Obviamente, la primera condición era que no nos arrestaran por tenencia de drogas, y Carter se había responsabilizado personalmente de que no pasaría nada semejante.

En esa época, mi nivel de consumo no era tan intenso. Me había propuesto dejar las drogas antes de la gira. Podría haberlas dejado en el avión. Todavía hoy me pregunto cómo pude llevarlas encima tanto tiempo, arriesgándome de esa manera. Pero en Memphis me habían dado tantas cosas que la sola idea de regalarlas me resultaba inaceptable. Con todo, podría haberlas metido en el avión y hacer el viaje por tierra sin nada encima. ¿Por qué se me ocurrió cargar el coche como si fuera un *dealer* aficionado o algo así? Una razón podría ser que me quedé dormido y que cuando me desperté nuestro avión ya había despegado. Aunque no podría asegurarlo. Sí recuerdo que me pasé un montón de tiempo abriendo los paneles de las puertas para esconder todo ahí, por más que el peyote nunca haya sido una de mis sustancias favoritas.

En los bolsillos de la gorra tengo hachís, Tuinals, un poco de cocaína. Saludo a los policías quitándome la gorra con un gesto elegante y aprovecho para tirar disimuladamente las pastillas y el hachís a los arbustos:

—Buenos días, agente... ¿En serio violamos una ordenanza municipal? Le ruego me disculpe. Soy inglés. Estamos acostumbrados a avanzar al revés que ustedes. ¿Será que no me di cuenta y me pasé al otro lado de la carretera?

Con eso ya se quedan pensando y aprovecho el momento para deshacerme de todo lo que pude. Apenas logro descartar una parte. Hasta que en un momento detectan un cuchillo que está tirado en el asiento y se les ocurre usarlo como prueba para abrirnos una causa por «tenencia de arma blanca». Mentirosos hijos de puta. Nos obligan a seguirlos hasta un parking que queda cerca del edificio municipal. Mientras avanzamos nos observan atentamente. Es evidente que nos ven tirar todo nuestro arsenal a la calle.

Cuando llegamos al garaje de la comisaría no nos registran. Le dicen a Ronnie:

—Necesitamos que traigas tus cosas del coche.

Ronnie llevaba una bolsa o algo parecido. La busca y se las arregla para tirar el contenido en una caja de pañuelos de papel. Cuando sale del coche, me dice por lo bajo:

—La puse debajo del asiento del conductor.

Cuando llega mi turno de entrar en el Impala —no pienso encontrar nada, pero disimulo, para poder deshacerme de la caja de Kleenex—, no tengo ni la más puta idea de qué hacer con ella. Y entonces me dedico a aplastarla debajo del asiento trasero y vuelvo diciendo que al final no tenía que ir a buscar nada. Por qué no desmontaron el coche de arriba abajo para registrarlo es algo que está fuera de mi comprensión.

A estas alturas ya saben a quiénes detuvieron. «Bueeeeno, miren esto, qué pesca la de hoy.» Y de repente no saben qué hacer con esas estrellas mundialmente conocidas que terminaron bajo su custodia. Su próximo paso es pedir refuerzos a todas las comisarías del estado. Tampoco parecen tener claro de qué acusarnos. Además, saben que estamos intentando localizar a Bill Carter y eso debe intimidarlos. En esa zona del país, Bill juega como en casa. Se crio en un pueblo llamado Rector que está muy cerca, y conoce a todos los comisarios del estado, a todos los *sheriffs*, a todos los fiscales y a todos los políticos. Así que deben de estar empezando a arrepentirse de haber informado a las agencias de noticias sobre su reciente acto heroico. Varios medios de cobertura nacional



están empezando a congregarse en la puerta del juzgado; uno de los canales de televisión de Dallas incluso le alquiló un avión privado a la Learjet<sup>4</sup> para conseguir sitio en primera fila. Era sábado por la tarde y la policía anda haciendo llamadas a Little Rock para consultar al funcionario de turno sobre cómo proceder. Así que, en lugar de encerrarnos y dejar que la imagen dé la vuelta al mundo, nos dejan en «prisión preventiva» en la oficina del comisario, algo que, en última instancia, significa que tenemos cierta libertad de movimientos. ¿Dónde está Carter? Es un día festivo, está todo cerrado y todavía no existen los teléfonos móviles. Estamos tardando un poco en localizarlo.

Mientras tanto, nosotros seguimos intentando deshacernos de toda la mierda que llevamos encima. Estamos hasta los huevos de provisiones. En los años setenta consumía cocaína pura de la que vendían los laboratorios Merck, que era la típica cocaína vaporosa de farmacia. En un momento, Freddie Sessler y yo nos metemos en el cuarto de baño y no nos escolta nadie.

«Dios —así empezaban todas las frases de Freddie—, estoy muy puesto.» Tiene encima frascos enteros de Tuinal y el hecho de pensar en tirar todas las pastillas por el retrete lo pone tan nervioso que uno de los frascos se le cae y sale rodando hasta la última puta pildorita de color turquesa y rojo, mientras él anda entretenido intentando tirar de la cadena para deshacerse de la cocaína. Yo hago lo propio con el hachís y la marihuana, pero no hay manera de que pasen por la cañería. El retrete se tapona y ahí me tienen, forzando la cadena como un loco cuando de repente veo aparecer las pastillas de Freddie bailoteando bajo los paneles de separación entre los baños. Me pongo a juntarlas y las tiro en mi retrete, pero no llego a cogerlas todas porque entre su cubículo y el mío hay otro que está vacío. Tenemos, como mínimo, cincuenta pastillas tiradas en el suelo del baño del medio.

—¡Dios, Keith!

—Tranquilo, Freddie, ya junté todas las que llegaron hasta aquí, ¿tiraste tú las tuyas?

—Creo que sí, creo que sí.

—Bueno, pasemos al baño del medio y pillamos las que faltan.

Salían drogas de todas partes. Miraras en el bolsillo que miraras. Nunca había tenido tanta cocaína encima.

El acto principal iba a ser la apertura del estuche de Freddie, que había quedado en el maletero del coche, todavía sin abrir, pero que estaba repleto de

<sup>4</sup> Conocida empresa de aviación estadounidense que fabrica y alquila jets para uso militar y civil.

cocaína. Era imposible que no lo encontraran. Con Freddie, decidimos que la mejor estrategia sería no responsabilizarnos del propio Freddie, declarar que lo habíamos subido al Impala aunque no lo conocíamos de nada y que en realidad no nos importaba porque nuestro abogado podría ocuparse también de su caso, siempre y cuando diera señales de vida en algún momento.

¿Dónde estaba Carter? Nos llevó algún tiempo reunir a las tropas. Mientras tanto, la población de Fordyce seguía agolpándose en la puerta hasta casi abrazar la categoría de disturbio. Gente de Misisipi, Texas, Tennessee. Todos atraídos por el espectáculo. No se haría nada hasta que no apareciera Carter, que no podía andar demasiado lejos porque había salido de gira con nosotros, aunque de vez en cuando se tomaba un merecido día libre. Así que hubo tiempo para reflexionar sobre cómo yo había bajado la guardia y me había olvidado de las reglas. «No hagan nada ilegal que llame la atención de la policía.» La policía de todo el mundo tiene un montón de trucos para pillarte, y mucho más la del sur de Estados Unidos. Si los muchachos se lo proponen no les cuesta nada montarte una causa. En ese entonces podían encerrarte durante noventa días sin ningún problema. Por eso Carter nos había dicho que nos pegásemos a la interestatal. El bendito Cinturón Bíblico estaba muy controlado por aquel entonces.

Durante las primeras giras recorrimos muchísimos kilómetros. Los bares de carretera siempre eran un riesgo. Más valía mentalizarse. Y hacerlo en serio. Intenta meterte en una parada de camioneros en el sur o en Texas en los años 1964, 1965 o 1966. Era mucho más peligroso que hacerlo en cualquier ciudad grande. Entrabas y ahí estaban aquellos viejos buenos muchachos. No tardabas mucho en darte cuenta de que en ese ambiente, rodeado de tipos con el pelo cortado a navaja y tatuajes por todas partes, no estarías demasiado cómodo que digamos. Picoteabas un poco la comida hecho un manojo de nervios, pensando en salir de ahí lo antes posible. «Mejor prepárelo para llevar, muchas gracias.» Nos llamaban «princesitas» por el pelo largo. «¿Qué tal, princesitas? ¿Bailamos?» El pelo, uno de esos detalles en los que nunca pensamos, pero que cambian culturas enteras. La manera en la que la gente reaccionaba al ver nuestro aspecto en ciertos lugares de Londres por aquel entonces no era muy distinta de lo que pasaba en el sur de Estados Unidos. «Hola, cariño», y todas esas estupideces.

Con el tiempo, te das cuenta de que se trataba de una guerra feroz, pero en su momento ni pensabas en eso. Para empezar, eran experiencias nuevas y en realidad no se tenía consciencia del efecto que podrían tener sobre uno mismo. Ibas viéndolo de a poco. Hasta que descubrí que si veían las guitarras y se

daban cuenta de que éramos músicos la cosa cambiaba y estaba todo bien. En una parada de camioneros más te valía entrar cargando la guitarra. «¿Es difícil tocar esa cosa, hijo?» Más de una vez sacamos las guitarras y cantamos un poco para poder cenar.

Pero si querías aprender algo de verdad no tenías más que atravesar las vías del tren y cruzar al otro lado de la ciudad. Los músicos negros nos cuidaban mucho cuando tocábamos con ellos: «Eh, ¿te gustaría echar un polvo esta noche? Esa de ahí es tuya, en su vida vio a un tipo así». Te recibían con los brazos abiertos, te daban de comer y tenías sexo. La parte de la ciudad en la que vivían los blancos estaba muerta. Al otro lado de las vías se pasaban todo el día con el rock. Si conocías a alguien entonces no tenías ningún problema. Una experiencia formativa increíble.

A veces hacíamos dos o tres *shows* en un día, cosas cortas de veinte minutos o media hora. Tenía que haber rotación, porque por esos escenarios pasaban espectáculos de variedades, conciertos de música negra *amateur* o de músicos blancos de la región, lo que fuese, y el sur estaba lleno de esas cosas. Íbamos dejando atrás pueblos y estados. Lo llaman la «fiebre de la línea blanca». Consiste en quedarse congelado mirando la línea blanca de la autopista, siempre y cuando estuvieras despierto. Hasta que alguien decía «tengo que cagar» o «me muero de hambre» y en ese momento terminabas en medio de una actuación en un barcito al lado de la carretera, en los caminos paralelos de cualquiera de las dos Carolinas, del Norte o del Sur, o en el Misisipi. Estás desesperado por mear, ahí está el cuarto de baño y el cartel de «caballeros», pero un negro inmenso te dice: «Solamente negros». Eh, eso es discriminación. En esos bares había máquinas de discos de las que salía una música increíble, y un montón de vapor escapaba por las ventanas.

—Paremos aquí.

—No sé, parece peligroso.

—¡No importa! ¡¿No oís esa música?!

Y veía que estaban tocando otros negros inmensos y que había chicas bailando con billetes enganchados en el tanga. Entrabas y se hacía un silencio profundo porque eras el primer blanco que veían en mucho tiempo. Y la energía era demasiado potente como para arruinarla con la aparición sorpresiva de un grupito de chicos blancos que no parecían ser de la zona. A ellos les daba curiosidad, a nosotros el sitio nos encantaba y terminábamos sintiéndonos como en casa. Lo malo era que después había que volver al coche. Mierda, podría haber pasado ahí días enteros. Pero teníamos que seguir viajando, no sin antes

despedirnos de unas cuantas negras maravillosas que nos apretujaban contra sus tetas gigantescas. Salías a la calle y estabas cubierto de sudor y envuelto en una nube de perfume. Nos metíamos de nuevo en el coche y arrancábamos, perfumados de pies a cabeza y con los acordes de la música desvaneciéndose a medida que nos alejábamos. Creo que para algunos de nosotros era como morir y aterrizar en el cielo. Un año atrás tocábamos en clubes de Londres y no nos iba nada mal, y doce meses después estábamos en Misisipi, un lugar al que nunca habíamos soñado llegar. Habíamos tocado esa música con mucho respeto y con cierta distancia, y ahora estábamos olfateándola de cerca. Tu plan es tocar *blues* y al minuto siguiente estás con los que saben de verdad y, ¡a la mierda!, a tu derecha está Muddy Waters. Pasa tan rápido que en el momento es casi imposible asimilar las sensaciones y solo te das cuenta más tarde, cuando te vienen imágenes. Una cosa es tocar una canción de Muddy Waters y otra muy distinta es tocarla *con él*.

Por fin encontraron a Bill Carter en Little Rock. Estaba en una barbacoa en la casa de un amigo que resultó ser juez, una coincidencia de lo más útil. Iba a buscarse un avión privado y llegaría en un par de horas, con su amigo el magistrado. Este amigo de Carter conocía al policía que iba a registrar el coche y le dijo que en su opinión no tenía derecho a hacerlo, advirtiéndole además de que mejor esperaba a que él llegase. No se hizo nada durante un par de horas.

Bill Carter había crecido trabajando en campañas de políticos locales, desde la universidad, así que tenía relación con prácticamente toda la gente importante del estado. Y las personas para las que había trabajado en Arkansas en otra época eran ahora los demócratas más influyentes de Washington. Su mentor era Wilbur Mills, presidente del Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, el hombre más poderoso después del presidente. Carter venía de un trasfondo humilde: había entrado en la aviación en la época de la Guerra de Corea, se pagó los estudios de derecho con lo que había ganado en el Ejército hasta que se le acabó el dinero, y entonces se metió en los servicios secretos; terminó siendo escolta de Kennedy. Ese día no estaba en Dallas —lo habían mandado a hacer un curso— pero había estado con Kennedy por todas partes planificándole los viajes y conocía a todos los funcionarios de todos los estados que había visitado el presidente. Tenía buenos contactos ahí arriba. Tras la muerte de Kennedy, fue investigador de la Comisión Warren<sup>5</sup> y después abrió

<sup>5</sup> Comisión creada en 1963 para investigar el asesinato de Kennedy. Earl Warren era el presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos.

su propio estudio de abogados en Little Rock y se convirtió en algo así como «el letrado del pueblo». Tenía huevos. Le apasionaba todo eso del Estado de derecho y que las cosas se hicieran bien, tal como dice la Constitución. Hasta le daba cursos a la policía sobre el tema. Una vez me dijo que había ejercido como abogado defensor porque estaba harto de que la policía abusara de su poder interpretando la ley a su manera, algo que pasó prácticamente todos los días en los que estuvieron de gira los Rolling Stones, en prácticamente todas las ciudades por las que habíamos pasado. Carter era nuestro aliado natural.

Sus viejos contactos en Washington eran el as en la manga que sacó cuando nos devolvieron los permisos y los visados para la gira de 1973. A fines de ese año había ido a Washington para ocuparse del tema y se encontró con que las consignas de Nixon habían calado hasta los niveles más bajos de la burocracia, por lo que le informaron oficialmente de que los Stones no volverían a tocar en Estados Unidos jamás. Aparte de ser el grupo de rock and roll más peligroso del mundo, de incitar disturbios y ser culpables de graves desmanes y mostrar un evidente desprecio por la ley y el orden, había caído muy mal que Mick apareciera en el escenario vestido de Tío Sam con un traje de barras y estrellas. Eso ya era suficiente para que no nos dejaran entrar en el país. ¡Estábamos hablando de la bandera! Con esas cosas había que tener mucho cuidado: a mediados de los sesenta ya habían detenido a Brian Jones —me parece que fue en Siracusa, Nueva York— porque en un *show* agarró una bandera de Estados Unidos que estaba tirada en el camerino, se la puso sobre los hombros y una de las puntas rozó el suelo. Cuando ya habíamos terminado de tocar, la policía nos metió a todos en una oficina y empezaron a gritarnos: «Arrastrar la bandera por el suelo es algo muy grave, un desprecio hacia el país, ¡un acto de sedición!».

Y después estaba el temita de mi «trayectoria». No había manera de esconderla porque era de dominio público. ¿Qué se escribía y publicaba sobre mí? Todo giraba alrededor de mi adicción a la heroína. En octubre de 1973 acababan de condenarme por tenencia de drogas en Inglaterra, y el año anterior había pasado lo mismo en Francia. Carter empezó su campaña para conseguirnos los visados cuando estaba cocinándose todo el tema del *caso Watergate* y acababan de meter presos a unos cuantos matones de Nixon. Él también estaba a punto de caer junto a Haldeman, Mitchell y todos los demás, entre ellos los que habían trabajado como topes del FBI en la campaña contra Lennon.

La ventaja que tenía Carter en el Departamento de Inmigración era ser uno de ellos: había trabajado para las fuerzas del orden, lo respetaban por haber estado con Kennedy. Hizo un «ya sé cómo se sienten, muchachos» y les dijo que

quería hablar con algún responsable porque le parecía que no estábamos recibiendo un trato justo. Fue poco a poco, le llevó meses. Sobre todo se concentró en los funcionarios de nivel más bajo: sabía que eran los que podían paralizar las cosas si se les ocurría perderse en tecnicismos. Yo me sometí a algunas pruebas médicas para demostrar que estaba limpio con el mismo médico que había certificado mi impecable comportamiento en París. Y entonces Nixon renunció. Y Carter le pidió al jefe de área que se entrevistara con Mick y juzgase por él mismo. Por supuesto, Mick se puso el traje, desplegó su *charme* y se lo metió en el bolsillo en treinta segundos. Mick es el tipo más versátil del mundo. Por estas cosas lo amo. Es capaz de hablar en francés sobre filosofía con Sartre. Además, es bueno con los locales, donde sea que esté. Carter me comentó que había pedido los visados en Memphis —no en Nueva York ni en Washington— porque por ahí estaba todo más tranquilo. Y el resultado fue increíble, porque de repente nos dieron todos los permisos, aunque con una condición: Bill Carter tenía que venir de gira con nosotros y con su presencia garantizar al Gobierno que evitaría cualquier disturbio, y que no pasaría nada raro, nada ilegal, a lo largo y ancho de la gira (además, exigieron que nos acompañara un médico, un personaje casi de ficción que volverá a aparecer en este relato y que terminó siendo una víctima de aquella gira cuando no tuvo mejor idea que dedicarse a catar la medicación y escaparse con una *groupie*).

Carter los tranquilizó cuando propuso supervisar la gira al estilo de los servicios secretos; o sea, en colaboración con la policía. Como tenía otros contactos, era su forma de saber de antemano si alguien estaba pensando en organizar una redada. Eso nos salvó el culo más de una vez.

En comparación con la gira de 1972, las cosas se habían complicado con las manifestaciones y marchas en contra de la guerra y todo el lío con Nixon. La primera prueba de estos cambios la tuvimos en San Antonio, el 3 de junio. Era la gira de la verga inflable gigantesca que subía flotando desde el escenario mientras Mick cantaba «Starfucker». Lo de soltar ese enorme pene de goma en el escenario estuvo buenísimo. Pero nos salió bastante caro. A partir de eso, Mick se encaprichó y quiso contar siempre con esa clase de accesorios para tapar sus inseguridades. En Memphis se armó un escándalo cuando se nos ocurrió subir algunos elefantes al escenario. Fue divertido hasta que los animales cagaron en las rampas y por todas partes durante los ensayos. Descartamos la idea inmediatamente. Con la verga monumental no habíamos tenido problemas, por lo menos en los primeros conciertos de Baton Rouge. Aunque después la policía lo entendió como una provocación y tuvo una nueva excusa

para detenernos. A esas alturas ya se habían resignado a no poder arrestarnos en el hotel, mientras viajábamos ni en los camerinos. El único lugar en el que nos tenían a tiro era en el escenario. Entonces nos dijeron que si volvíamos a inflarla se llevarían a Mick. Carter lo entendió como una amenaza y contraatacó avisando de que si hacían eso el público de los Stones prendería fuego al lugar. Al final, Mick optó por no herir la sensibilidad de las autoridades y decidió no «masturbarse» en San Antonio. En Memphis, cuando amenazaron con meter preso a Mick por cantar «Starfucker», Carter los paró en seco y presentó una lista con las canciones que habían sonado en la radio local durante los últimos dos años: habían pasado ese mismo tema cien veces y nadie había protestado nunca. Lo que Carter se veía venir, y se había propuesto evitar, era que la policía interviniera en cada ciudad por la que íbamos pasando, violando la ley como si nada. Siempre actuaban ilegalmente, tratando de meternos presos sin una orden judicial, o registrar nuestras cosas sin demasiados motivos.

Así que para cuando apareció en Fordyce del brazo de su amigo el juez, Carter ya tenía unos cuantos argumentos listos para ser expuestos. Ya se había movilizado toda la prensa. Tuvieron que bloquear la carretera y los accesos al pueblo para impedir que viniera más gente. La policía local estaba obsesionada con el maletero del coche. Estaban seguros de que encontrarían drogas. Primero me acusaron de «conducción temeraria», porque las ruedas habían chirriado un poco y cuando arranqué se habían levantado unas piedritas del aparcamiento del restaurante: veinte metros de conducción temeraria. Cargo número dos, «ocultación de arma blanca» (el machete). Pero para abrir el maletero legalmente necesitaban «motivos fundados». Eso significaba que tenía que existir alguna prueba o sospecha razonable de que se había cometido un delito. Si no, el registro sería ilegal; aunque encontrarán lo que buscaban, el caso se desestimaría. Podrían haber abierto el maletero de haber detectado indicios de tráfico cuando asomaron la cabeza por la ventanilla, pero no habían visto nada. El asunto de los «motivos fundados» fue lo que provocó las discusiones a gritos que se desencadenaron durante toda la tarde entre agentes y funcionarios. Para empezar, Carter dejó bien claro que se veía a diez kilómetros que los cargos habían sido inventados. El agente que me detuvo improvisó un «motivo fundado» cualquiera y dijo que adentro del coche había olor a marihuana; eso les dejaba el camino libre para abrir el maletero. «Deben creer que nací ayer», nos murmuró Carter. Según los policías, el minuto que pasó entre que salimos del restaurante hasta que nos subimos al coche y salimos del aparcamiento nos había dado tiempo para encender un porro y llenar el coche de humo, hasta el punto de que

el aroma se olía a metros de distancia. Dijeron que ese era el motivo por el que nos habían detenido. Solamente con eso, la credibilidad de las pruebas de la policía dejaba de ser algo serio. Carter habló de todo esto con el comisario, que a esas alturas ya se subía por las paredes; el tipo tenía el pueblo acorralado y a la vez era perfectamente consciente de que, si nos retenía en Fordyce, su decisión, y la consiguiente demora, podía llegar a suspender el concierto de la noche siguiente en el Cotton Bowl de Dallas, para el que no quedaba ni una sola entrada. Tanto para Carter como para nosotros, el comisario Bill Gober era un prototipo del *redneck*, la versión de Cinturón Bíblico de las fuerzas de Chelsea en Londres, siempre listos para violar la ley y abusar de su poder. Gober estaba furioso con los Rolling Stones. Odiaba la ropa que usábamos, nuestro pelo, lo que representábamos, la música que hacíamos. Desde su punto de vista todo eso junto, sumado a nuestra actitud provocadora, desafiaba a la autoridad establecida. Desobediencia. Hasta Elvis les respondía «sí, señor». ¿Y estos descarados, sucios y desaliñados no? Así que Gober terminó abriendo el maletero, por más que Carter le advirtió que apelaría, aunque tuviera que llegar hasta a la Corte Suprema. Una vez que levantaron la tapa, se armó el verdadero despelote. Para alquilar balcones.

Cuando cruzabas el río viniendo de Tennessee, un estado prácticamente dominado por la Ley Seca, y pasabas a West Memphis, que ya es Arkansas, empezabas a ver licorerías por todas partes. Ahí vendían Moonshine, el típico licor de destilación ilegal que venía en botellas con etiquetas artesanales, envuelto en papel marrón. Ronnie y yo nos habíamos vuelto locos en una de esas licorerías y compramos cada botella de *bourbon* que encontramos. Las bebidas tenían nombres como Flying Cock, Fighting Cock y Grey Major,<sup>6</sup> entre otras curiosas denominaciones escritas a mano. Eran botellas chatas, pensadas para llevar encima, cada una más exótica que la anterior. Debíamos de tener unas sesenta de esas en el maletero. Pasamos a ser sospechosos de contrabando.

—Las compramos todas para nosotros, y las pagamos...

Creo que ver tanto alcohol los confundió. Estamos en los años setenta y no es lo mismo ser un borracho que un drogadicto. Todavía existe una distinción clara. Por lo menos son hombres de verdad y toman whisky. Y entonces

<sup>6</sup> *Cock* puede significar «gallo» o «pene»; por lo tanto, Flying Cock se traduciría literalmente como «Gallo/Pene Volador», y Fighting Cock como «Gallo/Pene de Pelea»; «Grey Major», en el inglés coloquial, significa «Alegre Comandante».



encontraron el maletín de Freddie, que estaba cerrado con llave. Él les dijo que se había olvidado la combinación del candado. Forzaron la cerradura y, cómo no, encontraron dos envases llenos de cocaína farmacológica. Y Gober pensó que nos tenía agarrados de las pelotas, o por lo menos a Freddie.

Llevó un rato encontrar al juez titular porque ya era de noche. Para cuando se presentó nos enteramos de que se había pasado todo el día jugando al golf, tomando alcohol con sus amigos y a esas horas tenía un pedo que volaba.

Lo que vino después fue una comedia total, el absurdo más absoluto al estilo de los policías de las pelis mudas, los *Keystone Kops*.<sup>7</sup> El juez se sienta en su sitio en el estrado y empieza el desfile de abogados y agentes intentando contar su versión de los hechos de acuerdo con su versión de la ley. Gober quería que el juez declarara que el registro y la confiscación de la cocaína habían sido legales y que estábamos detenidos con cargos por delitos graves (es decir, que nos iban a enjaular a todos). Podría decirse que el futuro de los Rolling Stones, por lo menos en Estados Unidos, pendía de este hilo legal.

Y esto es más o menos lo que pasó a continuación, según pude oír yo mismo y lo que me contó después Bill Carter. Es la manera más rápida de contarlo. Mis disculpas a Perry Mason.

### **El reparto**

**Bill Gober.** Jefe de policía. Vengativo, furioso.

**Juez Wynne.** Juez titular de Fordyce. Muy borracho.

**Frank Wynne.** Abogado de la acusación. Hermano del juez.

**Bill Carter.** Conocido abogado criminalista, de esos con un estilo agresivo. Representa a los Rolling Stones. Oriundo de Arkansas (Little Rock).

**Tommy Mays.** Abogado de la acusación. Idealista, recién salido de la Facultad de Derecho.

**Juez Fariley.** Llegó con Carter para asegurarse de que no hubiera nada raro (y de que Carter no terminase en la cárcel).

**En la puerta del juzgado:** dos mil fans de los Rolling Stones apretujados contra las vallas ubicadas en el exterior del edificio, que corean: «¡Que suelten a Keith, que suelten a Keith!».

### **Dentro del juzgado**

<sup>7</sup> Se refiere a una serie de películas mudas de principios del siglo xx, del actor y director canadiense Mack Sennett, realizadas con su productora, la Keystone, cuyos protagonistas principales son policías torpes e incompetentes.

**Juez Wynne** (*muy borracho*): Bueno, *parese* que tenemos aquí un caso de delito grave, un delito grave, *caballllllos*. Voy a pasar a tomar *declarrrrrraciónnn*. Letrado, *prosheda*...

**Tommy Mays**: Señoría, hay un problema con las pruebas.

**Juez Wynne**: Me van a tener que disculpar un minuto. Se levanta la sesión. (*Perplejidad general. Se interrumpe la audiencia durante diez minutos. Vuelve el juez. Su misión consistió en cruzar la calle para comprarse una botella de whisky antes de que le cerrasen la tienda a las diez de la noche. La esconde en una media.*)

**Bill Carter** (*hablando por teléfono con Frank Wynne, el hermano del juez*): Frank, ¿dónde te metiste? Más vale que aparezcas ahora mismo. Tom está borracho. Sí... Ok. Ok.

**Juez Wynne**: *Prosheda*, señor... Eeeh..., *prosheda*.

**Tommy Mays**: Entiendo que si respetamos la ley no podemos actuar, señoría. No existe la menor justificación para retenerlos. Opino que tenemos que soltarlos.

**Bill Gober** (*al juez, aullando*): Un carajo. ¿En serio vamos a soltar a estos delincuentes? Juez, sabe de sobra que lo voy a tener que arrestar. Le juro que lo arresto. Está borracho en público. No está en condiciones de sentarse en el estrado, está dando un espectáculo lamentable ante toda la comunidad. (*Intenta tomar al juez del brazo.*)

**Juez Wynne** (*gritando*): ¡Eh, eh, fuera *hijoputa*! ¡Sácame *lash* manos *den-cima*! Una amenaza más y *vasssh* a tener que ir a buscar tu culo cagado a... (*Forcejean.*)

**Bill Carter** (*acercándose a separarlos*): ¡Eh, eh, basta! ¡Chicos, calma! Dejemos de pelear; mejor seguimos *hablando*. No es momento de hacer esto. Eh... eh... Afuera está la televisión y toda la prensa internacional. No quedaría nada bien. Todos sabemos lo que diría el gobernador. Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

**Funcionario del juzgado**: Disculpe, señoría, están los del noticiero de la BBC, en directo desde Londres. Quieren hablar con usted.

**Juez Wynne**: ¡Ah, sí...! Si me *dishculpan* un momento, chicos. Enseguida vuelvo. (*Le da un traguito a la botella que escondió en la media.*)

**Bill Gober** (*todavía gritando*): ¿Qué es este circo de mierda? No me jodas, Carter, estos tipos cometieron un delito. Les encontramos cocaína en el maletero. ¿Qué vas a inventar? Voy a darles por el culo a todos ustedes juntos. O juegan respetando las reglas o les pego donde más les duele. ¿Cuánto te pa-

gan, muñequito de Hoover? Y si el juez no declara como legal el registro que hicimos, me lo llevo puesto también a él, le hago mierda por escándalo público.

**Juez Wynne** (*en segundo plano, hablando con la BBC*): Sí, sí, *eshturve* en Inglaterra en la Segunda Guerra Mundial, piloto de un bombardero, escuadrón número 385, teníamos la base en Great Ashfield. No saben cómo lo *pashé*... Me encanta Inglaterra. Jugué mucho al golf, en varios de los mejores *camposssh*... Allí ustedes tienen unos campos de golf *buenísshimas*. ¿N'el de Wentworth? Sí, sí. Bueno, aprovecho para anunciarles que vamos a dar una conferencia de prensa con los chicos. Vamos a explicar lo que pasó, y por qué los Rolling Stones terminaron aquí y todo *esho*...

**Bill Gober:** Los agarré y no pienso soltarlos, no voy a soltar a estas princesitas inglesas. ¿Quiénes se creyeron que son?

**Bill Carter.** ¿Estás buscando que haya disturbios en la calle? ¿No viste el criterio que se armó ahí fuera? Cuando te vean con un par de esposas en la mano se descontrola todo. Hay mucha gente. Son los Rolling Stones, por el amor de Dios.

**Bill Gober:** Tus amiguitos van a terminar entre rejas.

**Juez Wynne** (*de vuelta de su entrevista*): ¿Por dónde *vamosssh*?

**Frank Wynne** (*llevándose a un rincón a su hermano el juez*): Tom, tenemos que hablar. No hay ninguna justificación legal para retenerlos, sería una cagada grande de verdad si no cumplimos la ley a rajatabla...

**Juez Wynne:** Ya sé, ya sé, claro... Sí... Señor Carter, acérquese al estrado.

A esas alturas todo el mundo se había calmado, excepto el jefe de policía Gober. El registro no había revelado nada que pudiera utilizarse a efectos legales. No podían acusarnos de nada. La cocaína era de Freddie, el tipo que hacía dedo y nosotros llevamos, y además la habían encontrado de manera ilegal. Ahora casi todos los policías del estado se habían puesto del lado de Carter. Después de debatirlo mucho, después de bastante cuchicheo y de hablarse al oído, Carter y el resto de los abogados llegaron a un acuerdo con el juez. Era algo muy simple. Al juez le gustaría quedarse con el cuchillo. Si se lo dábamos, entonces él desestimaría los cargos en ese punto —el cuchillo todavía sigue colgado en la pared del juzgado—. Además, reduciría a un «cargo menor» el delito de conducción temeraria, y así pagaríamos lo mismo que se pagaba por una multa de aparcamiento, que serían unos 162 dólares. Con parte de los cincuenta mil dólares en efectivo que tenía encima, Carter pagaría la fianza

de cinco mil para que soltaran a Freddie a pesar de su cocaína, y también se acordó que más adelante Carter presentaría la correspondiente petición para que se desestimara su caso por falta de base legal, así que Freddie también podía irse de allí con nosotros. Eso sí, había una última condición: antes de marcharnos teníamos que dar una conferencia de prensa y hacernos una foto con nuestros brazos alrededor del juez. Ronnie y yo hicimos la conferencia de prensa desde el estrado; yo tenía puesto un casco de bombero en la cabeza y hay imágenes mías bajando el martillo del juez para anunciarle a la prensa: «¡Caso cerrado!». ¡Uf!

Fue un final típico de los Stones. Cuando nos detenían, a las autoridades siempre se les planteaba un dilema complicado. Tener tu foto llevándonos al aeropuerto o meternos presos. Se ganaban votos de las dos maneras. En Fordyce casi nos pillan. Afuera había tanta gente que a eso de las dos de la madrugada la policía tuvo que acompañarnos hasta el aeropuerto, donde nos estaba esperando nuestro avión bien surtido de Jack Daniel's y con los motores encendidos.

En 2006, las ambiciones políticas del gobernador Huckabee, de Arkansas —iba a presentarse a las primarias del Partido Republicano— llegaron tan lejos como para otorgarme el perdón por mi infracción de hacía treinta años. El gobernador Huckabee se considera guitarrista. Me parece que hasta tiene un grupo. No había nada que perdonar. En los registros de Fordyce no constaba ningún delito, pero a nadie le importó. Recibí las disculpas igual. Pero ¿qué mierda pasó con nuestro coche? Lo dejamos en el garaje de la comisaría totalmente cargado de drogas. Me encantaría saber qué sucedió con todo ese material.

Tal vez nadie quitó nunca los paneles de las puertas. Quizá alguien todavía esté conduciéndolo..., completamente lleno de drogas.

Con Doris, Ramsgate, Kent, agosto de 1945.

